

Mauro Ojos Brillantes



TUCÁN

MAITE CARRANZA

22

edebé

7.^a
edición



Mauro nunca se ensuciaba, nunca comía caramelos y se quedaba calladito cuando hablaban los mayores. Era lo que se dice un niño modelo.

Las tías, las vecinas y las señoras de la panadería estaban encantadas con Mauro.

—¡Qué monada!

—¡Siempre tan limpito!

—Y esos ojos tan brillantes... quizás está enfermito.

Ésa era la pega de Mauro, no mataba de salud. Cuando no era una oreja, era un pie y, si no, un virus.

El médico estaba harto y sus papás muy preocupados.



—Vaya por Dios, ¿y ahora qué nos ha cogido el niño?

—Inclasificable, señora mía, inclasificable. Hay demasiados virus en el mundo y los científicos no tienen tiempo de bautizarlos. Y Mauro es tan gafe que los coge todos. Estoy seguro de que un día u otro los habrá agotado. Es una lástima, tan buen nene que es y tan poca salud que tiene. Que se tome este jara-be, las pastillas verdes, las cápsulas amarillas y los supositorios de ricino.

Mauro tenía un abuelo. Todos los niños acostumbran a tener abuelos, pero el de Mauro era un tanto especial, porque era un abuelo aventurero. No tenía





ni casa, ni jubilación, ni reuma. Tenía un montón de cosas que hacer y no podía entretenerse en tonterías.

Se conocía el mundo por arriba, por abajo, por los lados y por detrás, pero aún le faltaba mucho que ver y no quería perderse nada.

El abuelo le enviaba plumas de avestruz, huevos de serpiente, fósiles egipcios, collares de dientes de oso polar y algas chinas. Junto con los regalos, Mauro siempre recibía un tarjetón idéntico:

BESAZOS DE TU ABUELO.
HASTA PRONTO.



Los sellos tanto podían ser de Honolulu como de Katmandú, o de la Patagonia. El abuelo no paraba nunca.

Un día, sin embargo, decidió detenerse un sábado para hacer una visita a su nieto.

Mauro estaba en la cama, como de costumbre, y oyó un gran estruendo.

—¿Dónde está mi nieto?

—¡Chhhi...! Está enfermito. No grites.

—¿Enfermo mi nieto? Nunca ha habido enfermos en mi familia. Sólo faltaría tener un nieto enfermo precisamente el día que vengo a verlo. ¡Dejadme pasar!

Mauro, con el termómetro bajo el



brazo, el jarabe en la mesilla de noche y el pijama rayado, vio cómo se abría la puerta de la habitación y entraba una bocanada de aire fresco. Un hombretón con cabellos grises, vaqueros, cazadora de piel y curtido como un indio se lanzó sobre él como un ciclón, lo levantó como una pluma y lo llenó de besos. Tenía un abuelo Indiana Jones.

—Éstos son los besazos que te debía. Mua, mua, mua.

—Abuelo, tengo muchos virus, cuidado que te los contagiare.

—¡Jo, jo! Virus a mí. Yo sí que sé cómo exterminarlos.

—¿Harás magia?

—Magia auténtica.

Mauro se emocionó. Su abuelo viajaba tanto que debía de saber magia. Qui-



zás hasta era un poco brujo.

—¿Qué debo hacer?

—Obedecerme en todo.

El abuelo subió las persianas. El sol inundó la habitación y Mauro entrece-
rró los ojos por la claridad.

—Hace un sábado magnífico. Es una preciosa y soleada mañana de primavera. Las mañanas de mayo no se han fabricado para estar enfermo. ¡Venga, arriba, perezoso! Haremos una excursión en bicicleta.

Mauro tragó saliva.

—No tengo bici y no sé ir en bicicleta.

—Eso no es ningún problema. Yo te he traído una y te enseñaré. Tienes dos minutos para ponerte en pie.

—Pero, abuelo, ayer me salió sangre de la nariz, los sábados toco la flauta y...



—¡Es una orden!

Como Mauro era muy obediente, al cabo de dos minutos ya estaba en la calle abrigado como un cosaco, con la bufanda alrededor del cuello y sus queridas pastillas contra la tos en la mano.

Su abuelo, al verlo de esa guisa, frunció la nariz. Lo esperaba con dos bicicletas.

—Mmm, me parece que te sobran algunas cosillas. Mmm.

Se le acercó y de un manotazo le arrancó la bufanda, el abrigo y los guantes, y le tiró las pastillas a la papelería.

Mauro quiso protestar.

—Pero mamá...

El abuelo lo sentó sobre la bicicleta y le enseñó lo que debía hacer.



—Eso son los pedales. ¿De acuerdo? Ahora uno y después otro.

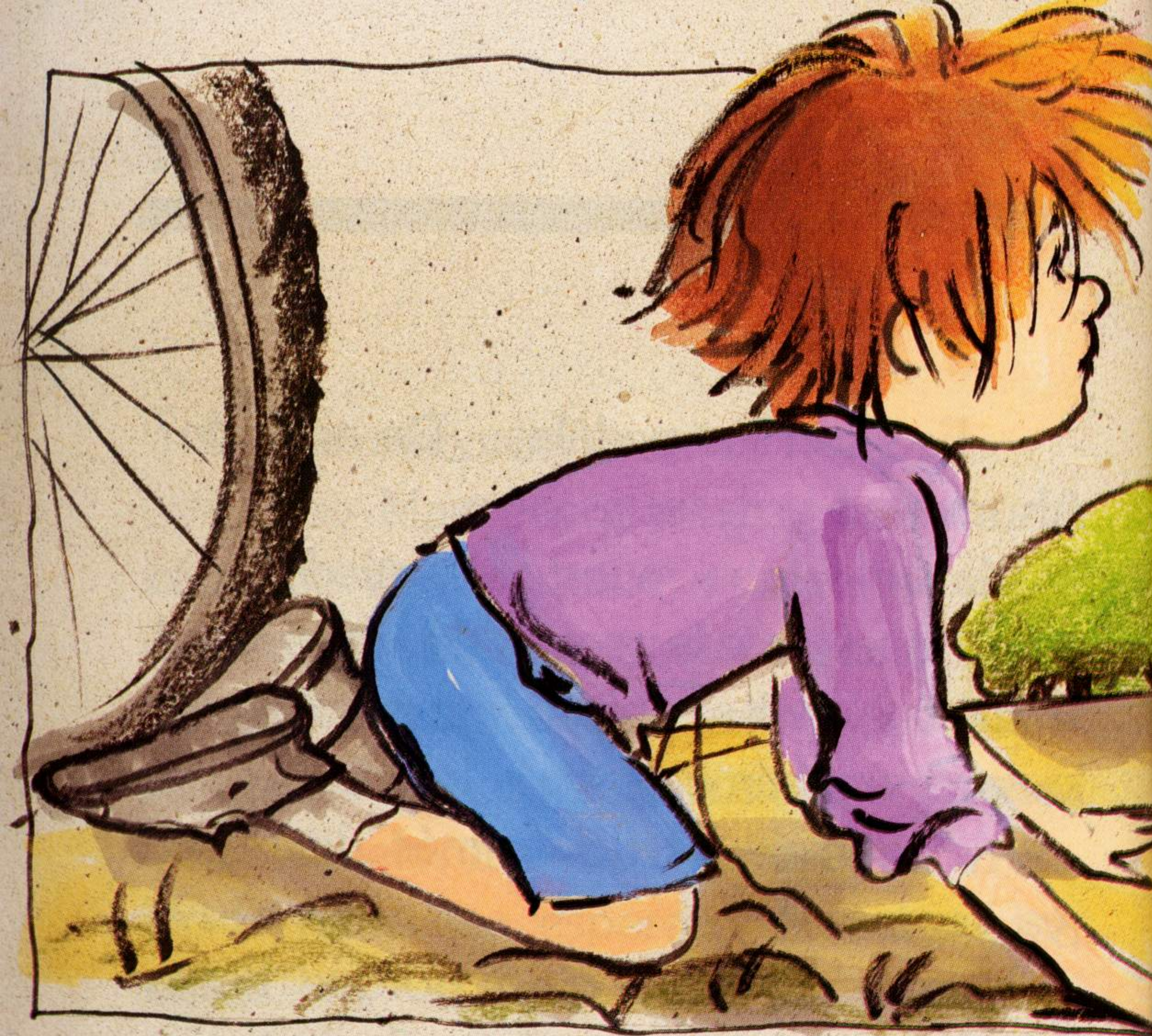
Mauro estaba muerto de miedo.

—Abuelo, me la pegaré. ¡No me sueltes! El abuelo no se apiadó lo más mínimo y lo soltó precisamente en la bajada.

—Pegársela es de lo más divertido, ¡ya veraaaaás!

Mauro no pudo oírlo porque había salido disparado como una flecha y no recordaba ni dónde tenía el freno. Pugnaba por mantener el equilibrio y estaba hecho un lío tal que no sabía ni dónde tenía la nariz. Lo supo cuando un pedrusco antipático se trabó en la rueda y la bicicleta se estrelló contra el asfalto.

Mauro salió disparado como un pro-



yectil por encima de la bici y aterrizó de bruces. Se peló la rodilla y la nariz le quedó como un pote de ketchup.

Su abuelo, montado en la otra bicicleta, lo alcanzó enseguida y aplaudió.

—Sensacional, nunca había visto una caída tan buena, es como si practicaras cada día.



Mauro quiso llorar. Se había lastimado y tenía que lloriquear un poco, pero no le salía ninguna lágrima. Lo cierto es que había notado un ric-ric en su estómago y unas cosquillas en la nuca que le daban más ganas de reír que de llorar. Nunca hubiera creído que caerse pudiera ser divertido.



—¿Quieres decir que he caído bien?

—Fenomenal.

—Y... si me caigo cada día, ¿ya no me haré daño?

—Hombre, daño te harás siempre, pero, si no te paras a pensarlo, el daño no es el mismo.

—Es que es la primera vez en mi vida que me pego un tortazo.

—Pues no lo parece, tienes un don natural para los tortazos, hijo, ha sido muy espectacular y muy limpio.

Mauro se sintió orgulloso. Quizá de mayor podría hacer de extra en las pelis del Oeste. Si no estaba enfermo, claro.

—¡Anda, rezongón! ¿Qué haces plantado como un pepino? Vuelve a montar.



Mauro no se atrevía.

—Sígueme. Te invito a desayunar una taza de chocolate. Un chocolate riquísimo. Esta vez correremos en serio y ya verás lo que es la velocidad.

—Abuelo, ¿cómo podremos desayunar si es la hora de almorzar? Yo almuerzo sopita de fideos y pescadito hervido y no tomo jamás chocolate porque me da retortijones y si corro demasiado me constiparé porque no llevo la bufanda y...

—¡Es una orden!

Mauro obedeció y, mientras corría y corría, sintió un crec-crec en la planta de los pies y un escalofrío en la columna. La velocidad era fantástica.

—¡Sin manos! —gritó el abuelo.



- ¡Me quedaré sin dientes!
- ¡Mejor, así no tendrás que ir al dentista!
- ¡Me caereeeé!
- ¡Ahora ya eres un experto!

Mauro cerró los ojos, levantó las manos del manillar y se cayó. Esta vez, efectivamente, no se lastimó tanto.

Aparcaron las bicicletas delante de una cafetería color teja adornada con cortinas con volantes y cruasanes en el escaparate. Era realmente coquetona. El abuelo le palmeó la espalda, le invitó a sentarse en una mesita de mármol y encargó dos tazas de chocolate, un plato de nata y una ensaimada rellena. Mauro abría unos ojos como donuts.

—Pero, abuelito, me ensuciaré con





el chocolate, me dolerá la tripa y me saldrán granos en las orejas.

—¡Come y calla!

Mauro atacó el festín y descubrió que el chocolate estaba riquísimo, que ensuciarse no dolía nada y que lo de los granos era un cuento chino.

—¿Te ha gustado?

—Pues sí, pero no sé si he desayunado, he almorzado o he merendado.

—Un poco de todo.

Mauro no sintió ninguna pena. Tampoco le apetecía el pescadito y los fideos de su régimen de enfermito.

El abuelo se secó los labios con la servilleta y se restregó las manos.

—Veamos, ¿has hecho volar una cometa alguna vez?



Mauro hizo memoria. No, era evidente que no. Negó con la cabeza.

Su abuelo lo tomó de la mano, lo acompañó de nuevo hasta la bicicleta y lo obligó a montar.

—Pasaremos por casa y recogemos un saco.

Mauro, maravillado, pedaleaba tras su abuelo. ¡Y era todo un ciclista! Tal vez el chocolate tenía poderes mágicos.

Llegaron a casa en un suspiro y Mauro aparcó su nuevo vehículo con orgullo. Su abuelo salió de la casa cargado con un voluminoso saco y con los pantalones arremangados.

—Un, dos, tres. Caminaremos con paso atlético.



Mauro esta vez no se cayó, pero sí que se cansó. Su abuelo, inflexible, no le dejó descansar en todo el trayecto.

Mauro se notaba los ojos brillantes y sospechó que tenía fiebre. Se puso la mano en la frente, pero ¡ca!, estaba fresco como una lechuga.

Mauro llegó resoplando hasta un inmenso campo de forraje.

El abuelo abrió el saco y extrajo una preciosa cometa de papel chino en forma de dragón que simulaba arrojar fuego por la boca.

—Esto es una cometa. Ya puedes lanzarla a volar.

—Pero, abuelo, tendría que correr y el médico me lo tiene prohibido, porque, si corro, sudo y, si sudo, me res-





frío... Además, todo está embarrado y hace demasiado sol y...

—¡Tira de la cuerda y cierra la boca! ¡Corre!

Mauro no podía creerlo. ¡Estaba haciendo volar una cometa!

Se concentró tanto que apenas se fijó en que estaba corriendo y el sol le quemaba las mejillas y el barro se le adhería a los zapatos y le salpicaba los pantalones.

—¡Yuuuupiiii! —gritaba Mauro.

Pero entonces la cometa se enzarzó en las ramas de un ciruelo.

Mauro, con el cordel en la mano, se hallaba en un dilema.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues te subes al árbol y la recoges.



—Si me subo al árbol, me arañaré las manos, me estropearé el jersey y vomitaré el chocolate.

Pero su abuelo continuaba mostrándose muy autoritario.

—¡Arriba!

Mauro alucinó cuando se dio cuenta de que los árboles tenían hojas, de que las hojas eran verdes, de que había pájaros en las ramas y hormigas en el tronco y de que, desde allí arriba, se veía el mundo más pequeño y coloreado.

Consiguió atrapar la cometa y la rama se quebró. Crreeeeec.

—¡Aaah! —gritó mientras caía.

—¡No te preocupes, que hay un río! ¡Patachof!, se oyó al caer Mauro al río.



—¡Socorro, abuelo, glu, glu, no sé nadar y el agua está muy fría!

—¡Mueve los brazos y haz burbujitas con la nariz!

—¡Pescaré una pulmonía y me ahogaré! Glu, glu.

Pero no se ahogó y braceó hasta la orilla sujetando la cometa. ¿Al final resultaría que sabía nadar? No podía creerlo.

Estaba chorreando y le salía agua hasta por las orejas. Se sacudió como un perro y contempló triunfal su cometa.

—Abuelo, ¿he nadado?

—Pues claro, lo que impide nadar es el miedo, por instinto todos los animales nadan.

—¿Estás diciendo que soy un animal?



—Lo que quiero decir es que eres capaz de hacer muchas más cosas de las que tú te crees... por ejemplo, estoy convencido de que, si te quitas esa ropa mojada y te tiendes al sol, te encontrarás mejor.

—Pero tengo la piel muy delicada y, si tomo el sol, me quemaré, cogeré una insolación y me picarán los mosquitos y...

—¡Desnúdate!

Por lo visto, las órdenes eran el único lenguaje que entendía.

Los grillos cantaban, el agua hacía glu-glu y Mauro se dejaba acariciar por el sol mientras miraba cómo su abuelo lanzaba guijarros al río.

—¿Es difícil?

—Ven aquí y te enseñaré.



—Bueno, verás, es que las piedras me dan asco, en realidad no sé cómo cogerlas, tengo una puntería fatal y...

—¡Ven aquí!

Mauro tomó un pedrusco como un huevo de avestruz y lo arrojó con fuerza, pero puso más empeño que puntería y la piedra no sólo no se movió, sino que, además, tuvo la desfachatez de caerle sobre el pie.

El pie de Mauro estaba poco acostumbrado a soportar piedras y se resintió.

—¡Ayyyyy! ¡Me quedaré cojo!

El abuelo le dio un masaje. Mauro se estaba quietecito.

—¿Para qué sirve el masaje?

—Para matar virus.

—¿Tendré que usar muletas?



—¡Y un cuerno! Lo que usarás son unos patines.

Mauro no se lo tragó. ¿Unos patines? Pero, ¿qué significaba, que se pondría unos patines? ¿De dónde los sacaría?

Del saco, naturalmente. En el saco había espacio para todo y, por supuesto, para un par de patines. ¿Qué menos se puede esperar de un abuelo que envía huevos de avestruz y dientes de oso polar?

—Pero, abuelo, me romperé los ligamentos y no aprenderé jamás.

—Claro que aprenderás.

Una vez colocados, le obligó a ponerse en pie.

—Llegaremos patinando hasta la feria.

—Está demasiado lejos.



—No te preocupes, que nos esperará.
 Mauro patinaba como un pato con esquís y no se soltaba ni loco de la mano de su abuelo. Pasado un ratito, sintió cómo los pies se impulsaban solos e intentó sostenerse sin ayuda. ¡Funcionaba! Se dio impulso y patinó.

—¡Mírame, abuelito!

—Muy bien.

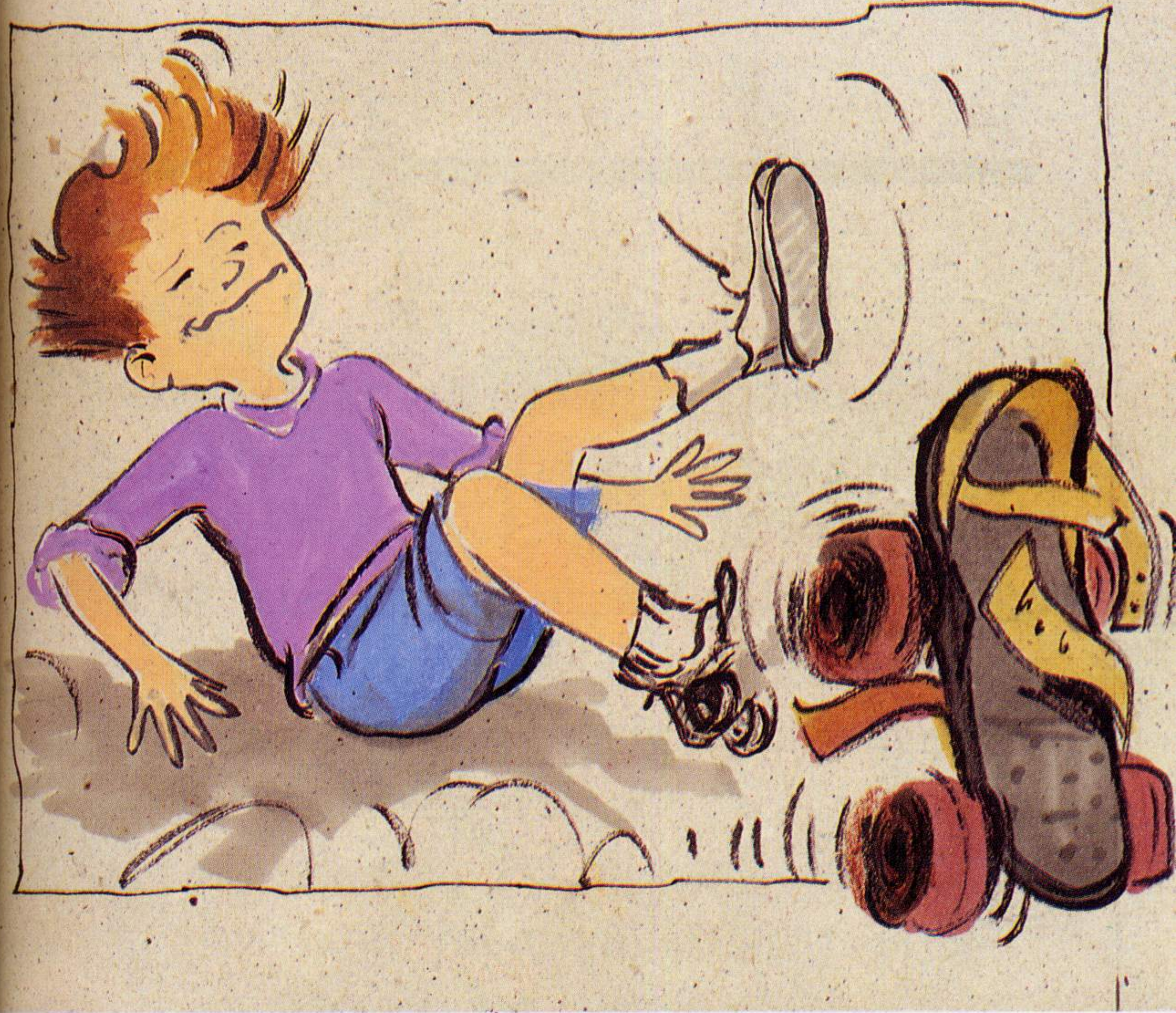
—Te reto a una carrera.

—¡Preparados, listos, ya!

Esta vez cayó de culo. Se levantó, se sacudió y comentó:

—Es una lástima, porque estaba a punto de ganarte.

Entonces se fijó en que habían llegado a la feria. La noria, magnífica, estaba iluminada.



—¡Ostras, abuelo! Es una noria gigante.

—Ahora nos montaremos.

—¡Qué miedo!

—¡Anda ya!

Mientras el abuelo compraba los tickets, Mauro se agarraba a su camisa tembloroso.

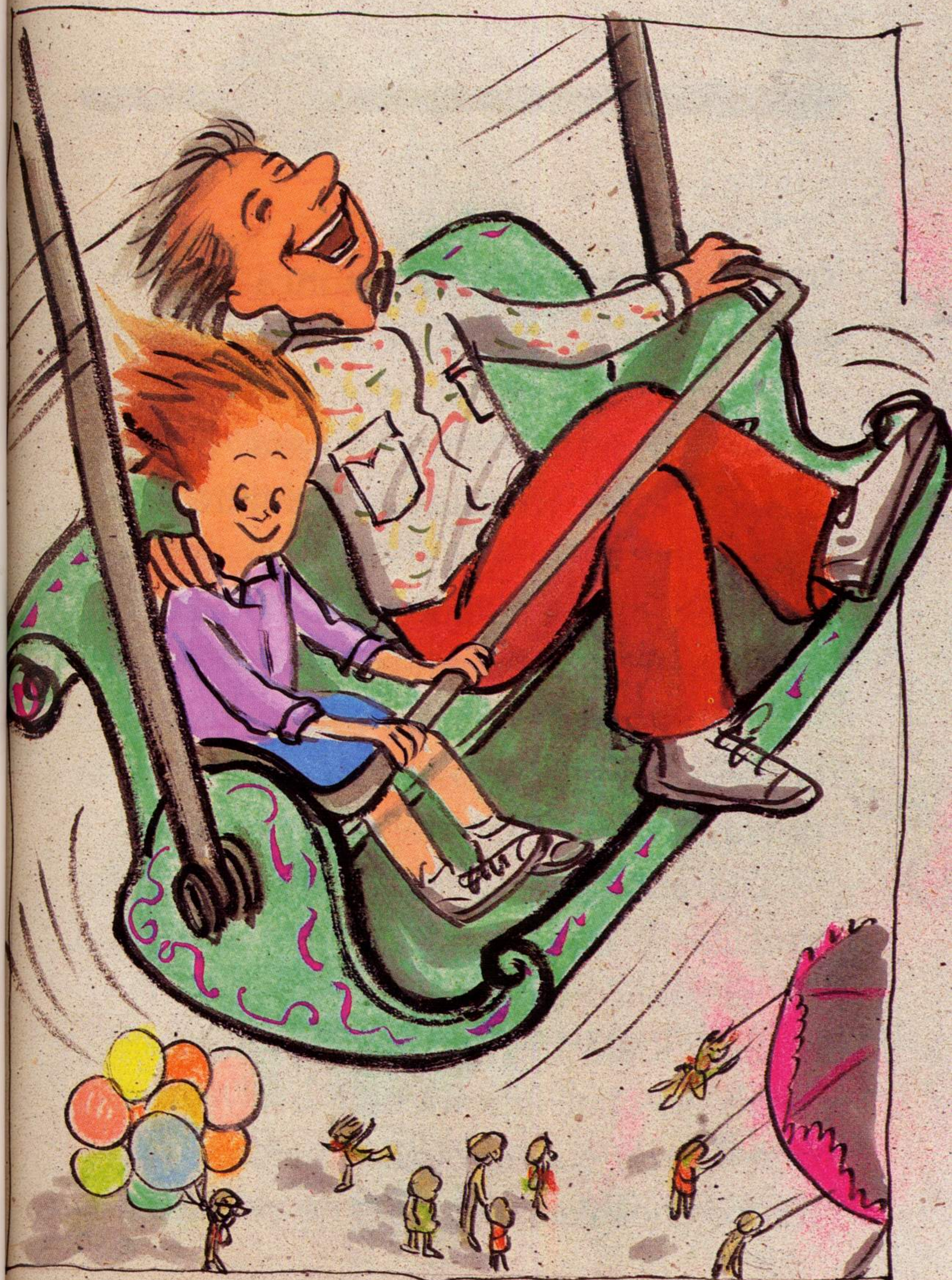


—Abuelo, me pondré amarillo como un plátano de Canarias y me saldrá el hígado por la boca.

Pero el hígado de Mauro estaba demasiado distraído como para salir por ninguna parte. Mauro tenía la boca bien cerrada y los ojos bien abiertos.

Tan sólo abrió la boca para exclamar: —¡Yupiiii! Es como un minipímer.

Mauro bajó de la noria con los ojos brillantes, el pelo sudado, las mejillas encendidas, el cabello alborotado y revuelto, las manos llenas de arañazos, los pantalones rotos, los zapatos cubiertos de barro, un pie lastimado, la nariz pelada, la ropa húmeda y la camiseta pringada de chocolate.





Se encontraba como nunca.

—¿Y ahora qué haremos?

Su abuelo miró el reloj.

—Y ahora vámonos a casa, que debes de estar muerto de hambre y de sueño.

—¡Oh, no, abuelo, porfa! Ahora que empezaba a divertirme.

Pero su abuelo tenía razón, se sentía como una mayonesa cortada y habría devorado un hipopótamo rebozado.

Caminó tras su abuelo chutando piedrecillas y arrastrando los zapatos para oír el ruidillo que hacían.

Su abuelo sacó una pelota del saco y lanzó un chut fenomenal.

—Como aún te queda cuerda, ensayaremos unos cuantos pases de pelota.



Mauro no hizo ascos al nuevo juego.

Chutó con la cabeza, con el pie y con la nariz.

En casa, sus padres les esperaban preocupados. Tan pronto los vieron llegar, se acercaron presurosos al abuelo sin apenas fijarse en aquella pequeña sombra cubierta de barro y chocolate.

—¿Y Mauro? ¿Dónde se ha metido?

Mauro los saludó bajo la costra de suciedad.

—Soy yo, papá, mamá. ¡Soy yo, vuestro hijo!

Mauro, sucio, lastimado e irreconocible se esforzaba por convencer a sus padres de que, en efecto, continuaba siendo él. En el fondo, intuía que ya no era él, o, dicho de otra forma, ya no



era el hijito de sus papás, ni el mismo niño que se había levantado de la cama aquella mañana. Se había transformado en Mauro Ojos Brillantes.

Su madre se le acercó con una cierta repugnancia, le pasó un dedo por la cara y exclamó:

—¡Menuda barbaridad! ¡Qué asco! ¿Estás herido? ¿Te han secuestrado? ¿Cómo te lo has hecho? En la cocina te tengo guardado tu vasito de leche, tu sopita, tus pastillitas para la tos, tu jara-bito y la bolsa de agua caliente para ir a dormir, pero antes tendré que bañarte y desinfectarte. ¡Pobrecito mío!

Mauro se desasíó de los brazos maternales y tomó la mano de su abuelo. Le hizo un guiño de complicidad.





—Mamá, no me pasa absolutamente nada. Es que resulta que me he pegado un tortazo con la bici; me he pringado de chocolate; me he salpicado de barro haciendo volar una cometa; al subirme al árbol, me he arañado un poco y, al caer, me he remojado en el río; una piedra me ha aplastado el pie; he aterrizado de culo al ir en patines; me he despeinado al subir a la noria; y me he pelado las rodillas jugando a pelota. ¿Verdad, abuelo?

—Y te has olvidado de una cosa importantísima. Hemos exterminado todos los virus.

La madre de Mauro sufrió un pata-tús, pero, al ver que Mauro sobrevivía, se repuso enseguida.



El abuelo se marchó al día siguiente y le prometió que volvería muy pronto.

Una semana después Mauro recibió un paquete gigante. Era tan aparatoso que lo transportaban en un camión.

Bajo el envoltorio, halló un monopatín aerodinámico, una raqueta de tenis, un ala delta, un bañador, un perro y media tonelada de chocolate en polvo.

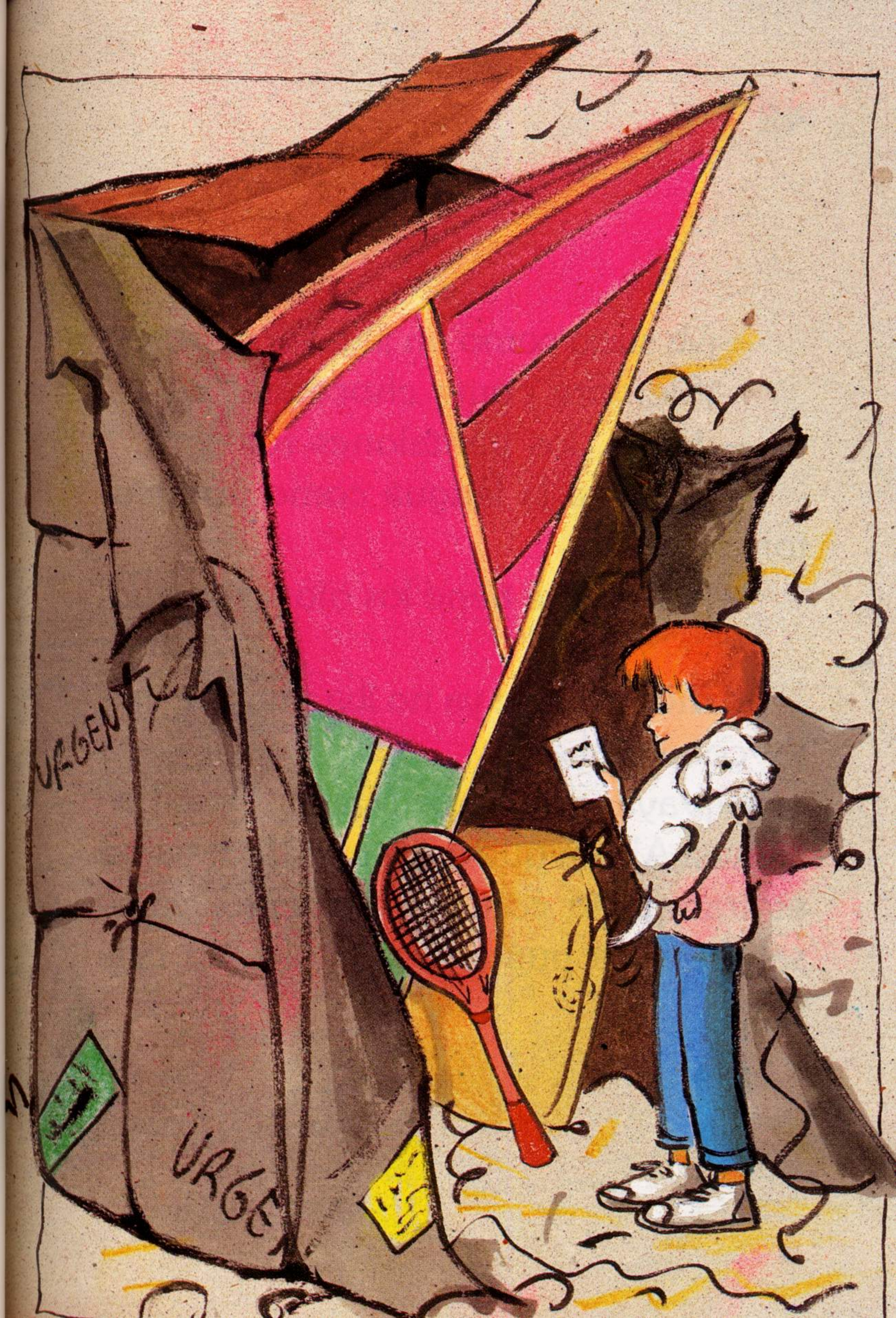
El mensaje de su abuelo decía así:

VE PRACTICANDO HASTA
QUE YO VUELVA.
HASTA PRONTO.
BESAZOS DE TU ABUELO.



Y Mauro, que ahora ya sabía que su abuelo Indiana Jones volvería a visitarlo un día u otro, aprendió a jugar a todos los juegos y a practicar todos los deportes imaginables. Ya no hacía falta ponerle el termómetro jamás, porque, entre otras cosas, ya no se quejaba de nada y, por no tener, no tenía ni frío ni calor. Los virus los fulminaba con pasteles y a los microbios los aplastaba de un buen pelotazo. Era un niño sano.

Eso sí, era un todo terreno y a un niño como él, que no se estaba nunca quieto y que daba guerra todo el santo día, no se le podía pedir que fuera limpiito, ni que se estuviera calladito cuando había visitas. Las señoras de la panadería exclamaban:



- ¡Va sucio como un jugador de rugby!
- ¡Siempre come chocolate!
- ¡Fíjate, los pantalones rotos!
- ¡Le da a la lengua como un locutor de radio!
- ¡Y siempre tiene los ojos brillantes!

El médico, que ya no iba nunca a verlo, comentaba:

— ¡Vaya, vaya con Mauro Ojos Brillantes! Ahora que ya tiene salud, ya no es tranquilito como antes. Pero, ya se sabe, no se puede tener todo en esta vida.



TUCÁN



edebé

A PARTIR DE 6 AÑOS

MAURO ES lo que se dice un niño modelo: nunca va sucio, nunca come caramelos, nunca interrumpe la conversación de los mayores... pero no goza de buena salud y ha de quedarse siempre en casa.

